

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo dejarán de quejarse de que los trabajadores se reúnan en las iglesias quienes durante tantos años han mantenido sus situaciones de privilegio a la sombra de las sacristías?



—¿Cuándo va a ir la policía a disolver los Consejos de Administración que provocan las huelgas?



—¿Cuándo se van a prohibir también las huelgas de «salarios caídos»?



—¿Cuándo se va a devolver a los universitarios todos sus profesores expedientados, ahora que dicen que se les va a devolver la Universidad?



—¿Cuándo vamos a ver en nuestro país las cosas que nuestros gobernantes están prometiéndolo en el extranjero?



—¿Cuándo se va a nacionalizar la Bolsa para que no baje cuando se nacionalice lo demás?



—¿Para cuándo la amnistía?



EL AÑO QUE VIENE. SI DIOS QUIERE.

ESPAÑA

RESUMEN DE LO PUBLICADO.

España es una unidad de destino en lo universal.



1941

EN éstas andábamos cuando muere don Alfonso XIII en Roma. César González-Ruano había vivido con él horas de exilio en esa que los afiches de turismo le dicen Ciudad Eterna, aunque va a dejar de ser eterna si el neofascismo no lo paran. César le insistía al rey, en aquellos últimos tiempos, para que le reconociese como marqués de Cajigal, y el rey le dijo al escritor:

—Yo no dudo de que tú seas marqués, César. Lo que pasa es que yo no soy rey de España.

Mientras se entretenían en estos párrafos, en Madrid andábamos a gasógeno, subiéndonos los chicos al bulto del gasógeno por viajar sin dinero, aunque también sin rumbo, pues había que ir donde el coche te llevaba, que a lo mejor era a Auxilio Social, donde te daban un plato de lentejas, que si las quieres las comes y si no las dejas, y ya habías hecho el día: paseo en coche y comida imperial. Nuestros hermanos mayores ya no tenían edad para andar al gasógeno, y entonces se metían en la Milicia Universitaria, recién creada aquel año, y en cuanto se ponían el uniforme les salían muchas novias, pues a las españolas les había quedado como un morbo militar de tanta guerra y se perecían por un hombre con los galones en su sitio o con los galones bien puestos.

—El que los tiene bien puestos es el teniente de milicias con el que salgo yo ahora en topolino —le decía Chaparrita la Divina a Morena Clara, cuando salían am-

bas, muy decentes, de misa del alba, que otro trauma que nos había dejado la guerra era el madrugarse a lo bestia. Es lo malo que tiene la guerra, que te pegas unos madrugones de muerte, y como al que madruga Dios le ayuda, pues ganaban siempre los de derechas. Así nos ha ido.

Si es que la paremiología ha hecho mucho daño en este país. Casi tanto daño como la derecha. Menos mal que aquel año se estrenó «Raza», que ésa sí que se tenía que haber llevado el Oscar si en Hollywood no fueran todos judíos, como el Samuel Goldwin un ejemplo. A los niños de cinco años, que teníamos nosotros, nos llevaban a ver «Raza» muy peñados, varias veces por semana, y así salimos de racistas.

Como el cine español estaba

lanzado, pues no contento con «Raza» se sacó el Nodo, que ya tiene mérito, dos inventos así en un mismo año, mientras los americanos, padres del cinema como quien dice, perdían el tiempo haciendo aquellas tonterías de Charlot y de Buster Keaton y de los Hermanos Marx, que tenían mucha menos gracia que el Hermano Lobo un suponer, y que además luego se ha sabido que eran todos rojos, como se sabrá cualquier día del Hermano Lobo, por otra parte.

Así que veíamos muchos nodos y lo pasábamos muy bien, y como era sesión continua veíamos «Raza» muchas veces, y como era programa doble pues podíamos ver «Raza» dos veces seguidas, ya que el programa doble consistía en eso, y entre «Raza» y «Raza» te



DE PARTE A PARTE



metían un nodo, o sea para variar, y así se distraía el hambre y se estaba uno en el cine tan caliente sin acordarse de comer ni de ir al colegio ni de espulgarse el piojo verde ni nada, pues en cuanto salías del cine estaba la realidad de la vida, o sea el Imperio con toda su crudeza, y no sé qué era mejor, lo cual que nos quedábamos a ver otro nodo.

Las chicas, como Chaparrita la Divina y Morena Clara, eran todas topolino, o sea que la falda por la rodilla y al templo para rezar, y nosotros los menores emboscados en los confesonarios, aprovechando que el cura había salido a darle los últimos auxilios a un rojo, en la cárcel, para verle las rodillas a la Chaparrita cuando se ponía en el reclinatorio, que era una hermosura eso de la postguerra, que todas las tías se habían lanzado al rodillamen, y nosotros venga de autoerotizarnos contra un gasógeno, o sea que nos hacíamos astillas.

Se llegaban a cubicar hasta cuarenta y cinco niños por confesonario vacío, cada chico con su piojo verde, esperando a que Chaparrita se arrodillase en el Evangelio, que por entonces, o sea el año cuarenta y uno, la misa no era como ahora, dónde va a parar, que aquéllas sí que eran mi-

sas, una hermosura, los curas revestidos y las tías por la rodilla, y no ahora que con la midi no te comes una rosca, y los curas con el clergyman lo mismo, que luego dicen que no hay piedad, cómo va a haber piedad, entonces sí que había piedad, que eran unos curazos de miedo. Qué tiempos.

Y mientras nosotros copábamos los confesonarios sin confesor y hacíamos experiencias prematrimoniales a distancia con las

chicas topolino, Camilo José Cela, que estaba más crecido, escribía «La familia de Pascual Duarte» y se hacía famoso el tío, así de golpe, que era un Mozart del tremendismo, o sea un precoz, e iniciaba una brillante carrera que le llevaría con los años a la presidencia del Ateneo de Madrid, que estuvo por un pelo y por un muerto. Cela se estaba todo el tiempo en el Gijón diciendo tacos y pecados, y como en el Gijón ya no ca-

bía tanta gente, que iba todo el mundo, pues los que no encontraban mesa se fueron a la División Azul, que éste fue el año de la División Azul, qué gesta, porque en aquellos tiempos o te ibas al Gijón o te ibas a la División Azul, que el Gijón venía a ser una División Azul de la literatura, donde hacía bajas el hambre y el frío, y la División Azul era como el Gijón en Rusia, que se podía tomar café a todas horas y decir les vamos a dar para el pelo a estos mencheviques de mierda, como en el Gijón. Sólo que los mencheviques de mierda reaccionaron más tarde y a punto estuvo que, en el contraataque, llegasen hasta el café Gijón.

Los que no teníamos edad para ir al Gijón ni patrimonio para ir a la División Azul, nos quedamos en la cola del aceite, que también se pasaba la tarde, y al final te ibas para casa con una docena de huevos, un pan negro y un cuarto de litro de aceite. La abuela nos hacía la cena mientras cantábamos himnos y recitábamos cantigas de Alfonso el Sabio, todo muy imperial y en plan campamento, allí mismo en la cocina de casa, que otra pieza no había, que lo teníamos todo realquilado.

Don Benito el Garbancero

(Continuará)

